

nocimientos militares y del deseo por el restablecimiento de la paz, que recabaría del presidente las órdenes necesarias para que se le enviasen sin demora, los recursos suficientes; pues careciendo de ellos, añáda, se hace impracticable esta campaña, resultando sin duda males de mucha trascendencia.»

1861. El mes de Febrero empezó decretando el gobierno, con fecha 2, que quedaban secularizados todos los hospitales y establecimientos de beneficencia que hasta aquella fecha habían administrado las autoridades ó corporaciones eclesiásticas. El gobierno de la Unión se encargaba del cuidado, dirección y mantenimiento de los expresados establecimientos en el distrito federal, arreglando su administración como le pareciese conveniente. Las fincas, capitales y rentas de cualquiera clase que les correspondían, les quedaban afectos como hasta allí.

El mismo día 2 se verificó la recepción del ministro de Prusia, Mr. Wagner, y pocos días antes había tenido lugar la del enviado extraordinario de los Estados Unidos, Mr. Weller. Respecto del ministro de Francia Mr. Saligny, aunque aun no había presentado sus credenciales, se esperaba que lo haría de un momento á otro.

Todo parecía sonreír al gobierno de D. Benito Juárez; y sin embargo, en medio de aquel cielo esplendente de grandeza que se descorría á la vista, se dejaba entrever un ligero punto negro que podía tomar proporciones colosales. Este punto negro que aparecía en el horizonte, era la cuestión religiosa que afectaba profundamente á los pueblos. Un arreglo con el padre

de los fieles, un concordato celebrado, hubiera conjurado aquella nube, y la paz se hubiera establecido en la república para siempre con hondos cimientos. El gobierno, no por lo que podía afectar á cada uno de los individuos que lo componían, sino por tranquilizar al país entero, que era católico; por matar el pretexto de toda revolución, debía haber hecho el sacrificio de su amor propio, arreglando con el Papa las dificultades religiosas. Pero no se juzgó conveniente dar este paso, y la idea católica que no creía, en conciencia, que debía transigir con las disposiciones dictadas por los hombres de la nueva doctrina que, á su vez, no creían tampoco en conciencia que debían transigir con aquella, empezó á manifestarse inquieta y disgustada.

El destierro del arzobispo y de los obispos, que salieron para Europa pocos días después que el embajador español, y el hecho de haber sido apedreados sin que la autoridad se hubiera opuesto á ello, presentaban los católicos como argumento de la persecución de la Iglesia católica. Esta idea iba tomando creces, y al fin llegó á manifestarse en todas las conversaciones.

1861. El periódico francés *Trait d' Union* que Febrero. había reaparecido el día 1.º del mes de Febrero, y que profesaba ideas altamente liberales, se mostró alarmado con la actitud que tomaban los conservadores, y creyendo que la manera de ahogar toda queja, era no detenerse en el camino de la reforma, acusaba al gobierno de lenidad en sus actos. «La apatía de la administración,» decía, «después de la ocupación de la capital nos había, hace un mes, parecido

»peligrosa para el porvenir de la revolución y la re-  
 »forma. No hemos cambiado de opinión hoy que em-  
 »prendemos de nuevo nuestras tareas; y lo que estamos  
 »viendo no hace más que confirmar nuestra opinión.  
 »Aquí se vive de teorías, cuando sería preciso entrar  
 »franca y resueltamente en la práctica: se habla mucho  
 »y no se hace nada. Hacia cualquier lado que nos vol-  
 »vamos, si nuestros oídos perciben algo, nuestra vista  
 »nada mira: se redactan programas, se expiden decre-  
 »tos nuevos, y los decretos y los programas antiguos  
 »quedan en aplicación. Los escritos se suceden, se cru-  
 »zan, se contradicen: y no producen resultado alguno.  
 »Se proclama el rigor, y se practica la debilidad: se  
 »ocupan de todo, á la vez que no se concluye nada; se  
 »piensa en el porvenir, y se olvida el presente. Así,  
 »pues, la confianza que se había manifestado tan fácil  
 »al principio, se ha retirado completamente. No tene-  
 »mos la costumbre de disfrazar nuestras impresiones,  
 »y, lo decimos con tanta sinceridad, como pesar: la  
 »opinión pública está llena de inquietud.

»Todos los intereses están alarmados: la sociedad tan  
 »duramente probada durante tres años, no se atreve ya  
 »á confiar en el porvenir. Ha llegado de un salto á la  
 »más completa disolución: la era de las revoluciones  
 »que creía cerrada, amenaza abrirse de nuevo bien  
 »pronto; la era de paz que creía abierta para siempre,  
 »amenaza cerrarse. Esas son cosas que causan tristeza  
 »al decir las; pero son ciertas.

»El gobierno se halla en mala vía; que nos perdone  
 »nuestra franqueza; pero tal es nuestra convicción pro-  
 »funda. Se perderá si persiste en el quijotismo político

»que ha perdido á todos los gobiernos liberales del país.  
 »¿No puede aguardar, para arreglar libremente su vi-  
 »da, que esté á lo menos seguro de vivir?

»Los elementos de la reacción han sido dispersados;  
 »¿esto quiere decir que hayan desaparecido? La facción  
 »clérico-militar ha sido vencida; ¿esto quiere decir que  
 »haya sido domada? Mirad bien en torno vuestro, en  
 »vuestras ciudades, en vuestras calles, en vuestros  
 »campos, en vuestras casas mismas, la reacción está  
 »ahí, expiando, conspirando, y aguardando la ocasión:  
 »es más lógica que vosotros, y se aprovechará de vues-  
 »tras faltas, no lo dudeis.»

El mismo rigor, la misma severidad, que el *Trait*  
*d'Union*, pedía contra los conservadores, el otro perió-  
 dico francés que también veía, como he dicho, la luz  
 pública en la capital de Méjico, tomando una parte  
 activa en la política. «¿Qué es la legalidad?» decía.  
 «Creemos que es la observación de la ley. ¿Y cuál es  
 »la base de la ley? La justicia, el buen sentido y el in-  
 »terés general.

»Pues bien, la justicia manda reprimir á los mal-  
 »hechores, y si es preciso, suprimirlos. La justicia  
 »quiere que la Iglesia se someta y obedezca al Estado.

1861. »El buen sentido público no se engaña res-  
 Febrero. »pecto á los peligros de la actual época. Todo  
 »el mundo sabe (y parece que se ignora en palacio) que  
 »el clero conspira y prepara un golpe de mano, que las  
 »partidas reaccionarias se engruesan cada día y se  
 »extienden, que la audacia de la contra-revolución  
 »toca ya al extremo de la insolencia y de las amena-  
 »zas, y que á todos estos peligros no se oponen más

»que fórmulas legales y protestas impotentes.»

No eran las palabras de *L' Estafette* las más á propósito para restablecer la paz y tranquilizar las conciencias de los católicos, que es lo que debía procurarse en aquellos momentos, para dar fin á las revoluciones, puesto que el país entero, con poquísimas excepciones, era católico.

Todo lo contrario; el periódico francés, con las frases emitidas, no lograba más que excitar las pasiones religiosas en vez de calmarlas. Su proposición de que la justicia exigía que la Iglesia se sometiese y obedeciera al Estado, era excederse á lo que el gobierno había establecido en las leyes de reforma; la independendencia de la Iglesia y del Estado. Era pretender, en vez de esa independendencia entre la parte religiosa y la civil, constituir á la Iglesia en esclava del Estado, quitándole así aun el derecho que daba á las demás religiones de la libertad de cultos. Esta falta de tacto en una parte de la prensa, era el más funesto y eficaz combustible que se podía arrojar á la hoguera de la revolución, y era la que esterilizaba todos los esfuerzos que el gobierno hacía por la paz. La lucha seguía, en consecuencia, en los campos de batalla, como seguía en el terreno periodístico.

El general D. Antonio Ramirez que operaba por el Estado del Sur, se dirigió sobre la ciudad de Iguala, donde se hallaba una respetable fuerza conservadora. No dudando que encontraría una tenaz resistencia, dispuso un plan de ataque perfectamente combinado. Los conservadores, comprendiendo el mal resultado que para ellos tendrían las disposiciones dictadas por

el general juarista, tomaron sus precauciones, y antes de verse acometidos, abandonaron la plaza, en la cual entraron las tropas del gobierno el 3 de Febrero.

Pero el abandono de la ciudad de Iguala se vió á los cuatro días compensado, para los conservadores, con la toma de otra defendida por los juaristas. Los generales conservadores Vicario y Zuloaga atacaron la ciudad de Cuernavaca, defendida por una corta guarnición. La lucha fué tenaz, pero desgraciada para los defensores de la plaza, que al fin fueron hechos prisioneros. Vicario y Zuloaga entraron en la ciudad, valientemente defendida, el 7 de Febrero. En ella encontraron seis cañones, bastante armamento, muchas municiones, y otros objetos de guerra que les eran necesarios.

El gobierno de D. Benito Juarez, al recibir aquella noticia, ordenó el 9 del mismo mes de Febrero, al general D. Ignacio Zaragoza para que, con una fuerte división saliese á recobrar Cuernavaca. Vicario y Zuloaga al saber la aproximación de las fuerzas del gobierno, abandonaron con tiempo la población, y se dirigieron á Cuautla de Morelos donde entraron sin resistencia.

El *Trait d' Union*, como si se complaciese en excitar la malquerencia del partido liberal contra los españoles, presentándoles como partidarios de la reacción, se expresaba así, hablando del hombre á quien las tropas conservadoras reconocían como presidente, «Zuloaga está en correspondencia con los padres graves de la reacción instalados en Méjico: recibe de ellos auxilios pecuniarios, y obra conforme á sus instrucciones. Su plan parece ser evitar en lo posible todo

» lance importante, y caer de improviso sobre las poblaciones desarmadas, para crearse recursos y alargar la cosa hasta el día del *gran negocio*. Este gran negocio es la guerra entre Méjico y España, porque conviene saber, que en la España se fijan hoy todas las esperanzas del partido clerical, que después de haber alimentado por tres años la más desastrosa guerra civil, desea que la guerra extranjera venga á completar la obra.»

1861. Así todo el mundo se creía autorizado  
Febrero. para presentar á la España como ambiciosa, injusta y ansiando la reconquista de Méjico, excitando, en consecuencia, el odio de las masas poco pensadoras, contra los peninsulares radicados en la república.

A los pocos días de hallarse los generales conservadores Zuloaga y Vicario en Cuantla de Morelos, se presentó á la vista de la población el general juarista Don Nicolás Régules. Era éste español, aunque la prensa del partido á que pertenecía, jamás lo indicaba, no sucediendo lo mismo cuando se trataba de algún otro individuo de la misma nacionalidad que militaba en las filas contrarias, á cuyo nombre individual acompañaba siempre la nación en que había nacido. Régules dispuso su gente, y atacó resueltamente á los conservadores el 12 de Febrero. Zuloaga y Vicario se defendieron con heroicidad; pero al fin fueron derrotados, y abandonaron la población, dejando en poder de las tropas liberales toda la artillería y gran número de prisioneros. Régules salió herido, y el gobierno y la prensa le felicitaron por aquel brillante hecho de armas.

Pero en el vasto terreno de la república mejicana era casi imposible reducir á ningún partido al orden por medio de las armas. Las inmensas distancias de una población á otra, hacían imposible el ocupar militarmente todas las plazas, y en consecuencia quedaban á disposición de la primera partida que se acercase, la cual sacaba de ella los recursos necesarios.

Dos días después de haberse apoderado Régules de Cuantla de Morelos, entraron en Matamoros los conservadores, haciendo algunos prisioneros y cogiendo bastantes armas y municiones.

La guerra, pues, parecía interminable, y lejos de ir cediendo los conservadores, parecían resueltos á continuarla á todo trance. Las conspiraciones empezaron á fraguarse en la capital y en las ciudades principales de los Estados, y una de ellas se descubrió en San Luis Potosí, la noche del 12 de Febrero. El objeto de la conspiración era seducir á una parte de la división de D. Manuel Doblado, que se hallaba en la expresada ciudad, y pronunciarse en favor del partido conservador. Hacían cabeza en el complot, D. Vicente Larrumbide y D. Antonio Taboada, jefes que pertenecieron al ejército de Miramon; D. Antonio Luna y D. Nicolás Mascorro, vecinos de San Luis. D. Manuel Hernández fué aprehendido en el acto de intentar sorprender la guardia del 2.º ligero, y corromper al capitán Vicuña que pertenecía al mismo cuerpo, y se le encontraron una pistola de seis tiros y ciento sesenta duros en plata. Larrumbide logró escaparse sin embargo de que iba en compañía de Hernández. Posteriormente fueron aprehendidos D. Antonio Luna y D. Carlos Taboada. A este